

**DISCURSO DE RECEPCIÓN
DEL ACADÉMICO ELECTO ILMO. SR. DR.
D. Benjamín Narbona Arnau**

**DISCURSO DE CONTESTACIÓN
DEL ACADÉMICO NUMERARIO EXCMO. SR. DR.
D. Francisco Javier García-Conde Gómez**

Leídos el 27 de febrero de 1970
VALENCIA

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO ELECTO

Ilmo. Sr. D. Benjamín Narbona Arnau

Defensa de la responsabilidad personal. Responsabilidad personal en medicina.

EXCMO. SR. PRESIDENTE;
EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES;
SEÑORES ACADÉMICOS;
SEÑORAS Y SEÑORES;

CONSCIENTE Y RESPONSABLE de la sinceridad de mis palabras, iniciaré este discurso de recepción por la rutina, siempre original y apetecida, del agradecimiento y el recuerdo.

Agradecimiento, a los Ilustres Académicos que presentaron mi candidatura, posiblemente antes que otras con más méritos.

Respeto a la Academia que aceptó la propuesta y me honra como miembro electo.

Gratitud a Vds., que hoy hacen a mi persona el obsequio espiritual de su compañía. Un muy cordial saludo intenta corresponder al cálido apoyo de vuestra presencia.

Recuerdo, para mi predecesor el Profesor Gascó Oliag, cuya evocación, indirecta, está, sin embargo, llena de contenido y resonancia.

Le conocí por su hijo que fue mi maestro y por mi abuelo que fue su amigo. Por ellos, le idealizo como un hombre hecho de recia y bondadosa humanidad, plenitud nada abundante hoy y aún ayer, quizá inexistente mañana. Me refiero a esa firme y abierta humanidad que el *homo thecnicus* desea, pero que falto de valor no practica y en su añoranza admira más. Es por esto, que su arquetipo, el Papa Juan, casi hizo volcar a nuestra fría, egoísta y triste sociedad de consumo, subjetivamente irresponsable y que va a ser blanco y objetivo en la mira de mi discurso.

Este recuerdo es también memoria de su hijo, el Profesor Gascó Pascual, maestro en su vida y ejemplo en su muerte de la responsabilidad de ser médico y de ser hombre. No dudo que su madurez se forjó en una urdimbre familiar, con la fuerza troqueladora del ejemplo de un padre.

Que el Profesor Gascó Oliag fuese Catedrático de la Facultad de Ciencias de nuestra Universidad y hasta por años Decano de la misma, es menos importante. Son simples efectos de su bien entendida responsabilidad de hombre y padre, nunca desmentida y siempre satisfecha.

De estas cosas voy a ocuparme.

DEFENSA DE LA RESPONSABILIDAD PERSONAL RESPONSABILIDAD PERSONAL EN MEDICINA

Introducción

LA RESPONSABILIDAD PERSONAL, normal y juez de toda conducta humana, es la ley no escrita que sentencia sin apelación mi ejercicio médico. Como supuesto de un quehacer profesional alcanza y determina en la intimidad de los dos únicos principios transhistóricos: la salud y la vida.

Esta responsabilidad, en primerísimo lugar, se siente, porque es un valor básico subjetivo y, en segundo lugar, se estima, según la postura mental que adoptemos frente a Dios, las cosas y los otros hombres. Toda evolución tradicional, racional o mística, induce o inducirá cambios en esas relaciones y, por tanto, en aquella estimación.

El cómo y el cuánto es valiosa esta cualidad irreal que da sentido a la realidad de nuestra vida y alma y carácter al ser del médico están sujetos a discusión. Su crisis es la crisis de la Medicina.

El estudio sistematizado de este valor existencial desde sus numerosas vertientes, analizando la depreciación actual, para entrever una síntesis futura, es la empresa ambiciosa que yo no podría hacer. Apenas me permitiré trazar un boceto que exprese mi inquietud por restablecer esta cualidad básica del espíritu, de la que en última instancia van a depender la salud y la vida. En la angustia de esta posibilidad de trazar con acierto ese esquema está, para bien o para mal, mi propia responsabilidad.

No pretendo, naturalmente, que acepten mis pensamientos, posiblemente erróneos, aunque sinceros, ni que comulguen con mis soluciones, quizás precipitadas y menos que estimen con la misma jerarquía de valores que yo. Quiero tan solo mantenerme en el espíritu de la Academia, en el deseo espontáneo de acercarme a la verdad, a mi perspectiva de la certeza, por encima de la utilidad, del éxito y del poder, a nivel justo de la dignidad del hombre.

Voy a emplear mi tiempo en meditar sobre si la responsabilidad subjetiva es un valor íntimo y propio o si por el contrario es un mero reflejo intrascendente de la responsabilidad objetivo que nos es impuesta por la conciencia colectiva.

En este camino hacia mi verdad, necesitaré inteligenciar en orden y por la demostración de un orden, pero su cimiento es un sentir ético de valores. Partiremos con Santo Tomás de que "una realidad se llama verdadera cuando cumple aquello para lo que fue ordenado", pero llevaré conmigo algo más entrañable que el razonar, como escribe Unamuno, el estimar.

Por ello y en primer lugar he de borrar el equívoco de lo impersonal, desterrando la mentira, mi hipocresía. Porque al principio no fue la acción como dice la frase fáustica, sino que volviendo al cuarto Evangelio, diremos con S. Juan: "al principio fue el verbo, la palabra" "Cuando la palabra es palabra de verdad" "Conformidad del lenguaje eterno con el juicio interno", verdad moral, subjetiva, que es anterior a la verdad lógica o a la metafísica. Es la subjetividad responsable y la responsabilidad de mi subjetividad.

Por ello y en segundo lugar centraré este orden en la armonía que encierra la estima a la proporción, a lo claro, sencillo y pleno, bajo el deleite del equilibrio y en la justicia de la participación.

Y así montaré mi esquema para que sea armonía entre las profundidades vitales de mi desatendida intimidad y la deslumbrante superficie de la objetividad del mundo; entre esta línea subjetivo-objetiva y la vertical, toque de lo eterno en lo temporal, camino de la abstracción y de la fe; armonía, finalmente, con lo ancho, con la atmósfera humana de la dimensión del amor.

En esta armonía pluridimensional está el yo. Los excesos de la abstracción pura en cualquiera de sus extremos, con delirio dimensional preferente paranoico, crean las disarmonías del no-yo.

Por ello y en tercer lugar hablaré de las disarmonías del no-yo, todas con vacío de responsabilidad personal o subjetiva. Allí veremos cómo:

Es disarmonía pretender subir a Dios como el halcón cae sobre a presa, lejos de los hombres y del mundo. Es una abstracción de un Dios frío y vertical, sin prójimo y sin las cosas.

Es disarmonía la abstracción pura de la cultura, del saber por y para el poder, de la ciencia positiva, sin valores, de la razón extravital, del derribo sistemático cartesiano que acabará en técnica al servicio de la utilidad soportando al maquiavelismo que esclaviza y masifica, al marxismo que afirma ser la conciencia colectiva la que forja la individual y al ubicuo pragmatismo que subordina todo al fin, que es el éxito material.

Es disarmonía por fin, la abstracción de la subjetividad vital en superhombres, en razas privilegiadas, en la fantasía romántica animando al barbarismo nórdico, en racismo.

En estas disarmonías abstractivas, sobre las que insistiremos, hay falsedad y degradación del ser humano. Todas rompen la unidad fundamental de la conciencia con el sentimiento del yo. Todas abren camino a la abstracción del no-yo, porque falta e ellas ese sentimiento del yo y, en su ausencia, la responsabilidad solitaria, personal, se atenúa o agoniza.

Por ello y en cuarto lugar concretaremos qué es la intimidad y la responsabilidad, pues si bien no es la misma subjetividad armónica, sí una cualidad inseparable. Es en definitiva el reconocimiento de que, libres y conscientes, nuestros actos nos pertenecen. Es el precio de la libertad y del saber de sí mismos, de la mentalización.

Pero antes de comenzar con estos cuatro puntos: subjetividad responsable, armonía del yo, disarmonía del no-yo e intimidad consciente, será muy oportuno precisar qué entiendo por responsabilidad y cuáles son sus categorías.

No voy, sin embargo, a definir lo que es un valor existencial. Lo que cada uno debe entender y amar a su modo, no puede recogerse en una definición, sin que se convierta en una casa extraña para él.

Subrayaré esa profunda raíz existencial. Cuando abrimos el Génesis leemos el primer proceso que sufrió el hombre, La culpa de Adán, que es angustia de la posibilidad primero, saber de la realidad y de la culpa después y angustia del mal para sí y para la especie por fin y para siempre.

Al escribir San Juan que al principio fue el verbo, queda supuesta la enorme fuerza de la palabra-verdad y así nos encierra ya y también hasta el dentro de la responsabilidad íntima de la sinceridad.

Lo contrario, lo negativo, la prueba de su ausencia, la tenemos en el mundo de hoy, que usura mucho más que usa esta responsabilidad subjetiva. Nos dominan los opuestos ya la citada angustia del mal con ansia de bien de un Adán culpable sucede la angustia del bien con deseo del mal, que es la frivolidad, la acción que anule el pensar. Y a la palabra-verdad moral, sigue la sofisticada, instrumento de la utilidad vendida al mejor postor, la hipocresía la irresponsabilidad de la mentira.

Pero antes de crear confusiones, voy a jerarquizar las categorías de la responsabilidad:

En primerísimo lugar la Gran Responsabilidad, la solitaria personal o subjetiva. Es la inmutable responsabilidad de la conciencia pura, cierta y eterna, unida al sentimiento del yo, para ser espíritu de la síntesis psico-física del cuerpo. La estremecedora grandeza de responder sólo de lo que sólo debe decidir. La angustia de la posibilidad de libertad ante la infinitud. La responsabilidad del yo.

Ahondando en ella surge a su mismo nivel la Responsabilidad Solidaria. Solo una letra cambia, escribe Guftton, de solitaria pasa a solidaria. Apenas el matiz la diferencia, puesto que si es social en cuanto que atañe a los demás, sigue siendo personal en tanto es mi conciencia la que juzga. Con sencillez evangélica es: ama a tu prójimo como a ti mismo. Son la responsabilidad solitaria y solidaria del yo.

Exige libertad. Si no soy independiente al pensar y decidir no puedo aceptar las consecuencias integrales de mi acción. Inversamente, si no hay responsabilidad personal, se oscurece el yo y "mente-captados" por el no-yo, perdemos la libertad que degenerara en abuso, corrupción y tiranía. Aparecerá la masificación y la brutalidad.

¿Es preciso decir que el acto médico ha de ser bastardo ante la conciencia colectiva del no-yo?

En un segundo plano la responsabilidad empieza a decaer cuando va a ser exigida desde fuera. Responsabilidad Legal. Juega ya la abstracción, el "debe ser" racionalidad, los "modelos" de Fichte, la legalidad, no rara vez limitando o constriñendo la subjetividad. Es la responsabilidad social, aleatoria y contingente de cada momento histórico, que comienza cuando el pensamiento hecho decisión sale del secreto impenetrable del sí mismo, para lanzarse como acto entre los demás, ante los otros, Cuando ya nos rebasa y hemos de aceptar las consecuencias. Es necesaria en la misma proporción con que es imperfecta la estima a la responsabilidad solitaria y solidaria. Es ya responsabilidad del no-yo, de la abstracción, pero con carácter pasivo y complementario: a menos yo, más no-yo.

Esto es particularmente cierto en Medicina. El médico entiende en la intimidad y espontaneidad vital del hombre enfermo y a ella es homogénea la responsabilidad subjetiva. La ley, fruto de la abstracción, de los sistemas extravitales, podrá ser aplicada ante la degradación de la ética profesional pero siempre será heterogénea al sagrado dintorno de esa vida vacilante que es la enfermedad.

Es la crisis de la Medicina. Caemos, faltos de luz subjetiva, para darnos en el oscuro y áspero suelo de la legalidad abstracta y objetiva.

Finalmente y tras un amplio giro, surge la Responsabilidad Colectiva, opuesta a la personal. Ya no es nuestra conciencia la que se angustia sinceramente ante la posibilidad de la libertad y entre unos valores ideales piensa y decide, ejecute o no. Ya no es nuestra conciencia la que se angustia sinceramente ante la posibilidad de la libertad y entre unos valores ideales piensa y decide, ejecute o no. Ya ni siquiera es el temor al castigo, al "tú morirás " que aterrorizaba la ignorancia inocente del primer hombre, sino que va a ser la ciencia colectiva quien forme y dirija mi conciencia individual. Es el triunfo de la abstracción pura. La responsabilidad del no-yo, íntegra y activa. Es el delirio monodimensional y desarmonico de la razón por los majestuosos sistemas de Descartes a Hegel.

Este giro es el paso de la razón y el razonar al racionalismo. El principio de dar razón, en su penetrar analítico, se encuentra con la antinomia de que no puede dar la de los principios, de los elementos, los "simplices" de Leibniz y Descartes, que sólo son intuitivos. El análisis no puede llegar a su fin por la vía racional, es el problema infinito de Kant. Como el orden y conexión de las partes de las cosas, no es el orden y conexión de nuestras ideas (Ortega). Ante ello, el razonar contemplativo delira y se hace racionalista, soberbio e imperativo. Pensar ya no es observar, meditar, sino legislar y mandar y esperar que el mundo y sus cosas rectifiquen y se comporten según la razón, que es su ciega razón. Lo que es, ha de forzarse e ir a lo que "debe ser". Es el misticismo de la razón que con tanto ardor combatía Ortega.

La degradación de la civilización occidental y quizá la todavía mayor del ejercicio de la medicina está contenida en los escalones de esta jerarquía de responsabilidades. Perdida en gran manera la personal, exigida progresivamente la social o legal, estamos en trance de caer en la colectiva.

Y en Medicina, digo, que es mayor porque estoy firmemente convencido de que en ella la primacía de la gran responsabilidad solitaria es absoluta. El hombre con suficiente maduración intelectual y subjetiva, el hombre médico grave, con intimidad, siente la sana angustia de ser libre, el valor primario de su responsabilidad, la abrumadora pesadumbre de sus errores y faltas, aunque aquéllos y éstas escapen al conocer de los otros y a la abstracción de leyes y reglas. Jamás las pruebas legales podrán sustituir a una legítima conciencia. Jamás la vida temblorosa del hombre enfermo acatará la disciplina anónima de lo que "debe ser". Siempre será válido que la idea es por causa de la vida y nunca la vida se ajustará por norma a la idea, al sistema o a la institución. No podemos invertir la frase evangélica y decir el absurdo que "el hombre por causa del sábado está hecho y no el sábado por causa del hombre".

Por mucho que hablemos de quipos e instalaciones, de electrónica y monitorización, al final habrá siempre un hombre médico que, solo ante la información, obrará según su conciencia en acto personal solitario y solidario. Y si alguien duda, aclare sus ideas pensando en las derivaciones y cuando tras la angustia de decidir entre la vida y la muerte, sufra el juicio de los demás, tendrá que decir como el mariscal Joffre: "No sé si he ganado la batalla del Marne, lo que sé, es que si la hubiera perdido, sería yo quien la hubiera perdido".

Pero dejemos las afirmaciones, para razonar, aunque sin constreñirnos a las fronteras de inteligenciar. Mejor quizá, para conversar, filosofar en el sentido jasperiano, en el dintorno del vivir cotidiano y bajo dos normas: mi verdad moral, oportuna o no, y el orden armónico del yo

Así será, aunque mi sinceridad sea un cúmulo de errores lógicos y esté plagada de herejías metafísicas. Lo que intento, diré con Santa Teresa, no es recibir sino, mucho más modestamente, merecer.

Esquema: Subjetividad y abstracción

Vamos a desarrollar los cuatro puntos del esquema:

1. La subjetividad responsable que da la luz.
2. La armonía del yo, mantenida bajo esa luz de la espontaneidad vital consciente.
3. Las disarmonías del no-yo que, perdidas de la luz, son puras abstracciones de Dios, de las cosas y de la vida y
4. La intimidad subjetiva, libre, consciente y vital.

Aclararemos también y como disyuntiva previa, que la responsabilidad parte de mi subjetividad o me es impuesta objetivamente. O es mía, de mi yo, o me es extraño, del no-yo.

Es un valor existencial tan propio del ser del hombre y de su estar en el mundo que no podemos separarlo de la postura que adoptemos y que, en última instancia, es también un ser o no ser.

O somos y recabamos entonces la subjetividad, la intimidad, la espontaneidad vital, la sinceridad y la libertad y la responsabilidad del yo estará indefectiblemente en ese mi ser.

O no somos, para sumergirnos en la nirvana del yo, que es la abstracción integral, el determinismo y la conciencia colectiva, arrastrados por el uno indeferenciado de la sociedad pragmática, por el ejemplar puro del racismo o el obrero teórico del marxismo. La responsabilidad objetiva del no-yo penetrará al que ya no es o chocará con el que aún es.

La responsabilidad impuesta entra en conflicto con la subjetiva y una u otra tienen que ceder. La auténtica responsabilidad solitaria se extiende y aureola con la solidaria, como la espontaneidad vital no excluye la razón, pero la degradación colectiva no es capaz de incluir la personal, como el racionalismo místico, con sus derivaciones pragmática y marxista, no respetan la subjetividad.

I. Subjetividad responsable:

El conocer supone forzosamente una transparencia de sí mismo en el que ha de actuar y una sana y generosa intención de saber.

Comienza por el sujeto y cuando éste es tal no haber superado la inocencia (que es ignorancia o ausencia de necesidad y deseo de conocer), y la ingenuidad (que es un no saber de sí mismo). Antes, no hay responsabilidad porque todavía no distingue el yo del no-yo. Solo es un soñar.

Apenas vislumbra una posibilidad de libertad, una lejana realidad. Le inquieta cierta angustia, dialécticamente ambigua. Presiente la posibilidad que aún, como define Kierkegaard, es la reflexión de la libertad sobre sí y en esa su posibilidad.

Con la culpa viene el cambio que acaba con este estado. La culpa es realidad. Es saber, saber del Bien y del Mal. En la Culpa Original el saber es prohibición y sanción de muerte. La tentación del saber era por y para el poder y llevaba implícita la finitud. El saber científico y la cultura abstracta e inconexa pueden también ser mortales para la subjetividad.

Toda realidad es pues presentida por la posibilidad que encierra la libertad. Sigue el paso trascendente de posible a real con exigencia de una determinación que se intercala, que no es de la necesidad ni de la libertad, es todavía una libertad sujeta a sí misma. Es la angustia de Kierkegaard, que vista sin las brumas nórdicas, es una magnificación de la responsabilidad en el momento de decidir. Es un estado del que se desea salir, pues la duda es cuanto menos incómoda. Dado el paso, posibilidad hecha realidad, la angustia ambigua

desaparece. Seguirá la responsabilidad de lo hecho, las consecuencias, con angustia concreta del Bien o del Mal. Solo el falta de espíritu no siente angustia. Será el minihombre apto para el cómodo pensar y responsabilizar colectivos.

Saber es una servidumbre, "quien crea saber crea dolor", que encierra para siempre la decisión, la duda, la angustia, la responsabilidad, que no hace falta puntualizar que es subjetiva. No es lícito saber y dejar a otro la responsabilidad. Sería ir del ser al no ser, del hombre a la máquina. El experimento atómico y la conciencia de los que le hicieron posible, prueban que así es.

II. Armonía subjetiva. Responsabilidad del yo:

Alcanzada la realidad del saber, un mínimo de luz permite que veamos y os deja conocimiento de cada actuación del yo en el escenario real del mundo.

El entendimiento va a descubrir su arma y amanece la historia. Pero no la Historia con mayúscula que inició la caída de Adán, bruscamente despierto al pecado del saber y al saber del pecado y del sexo, sino la más familiar historia de la civilización occidental.

En Grecia, dejó el hombre de ser un *microcosmos* sumergido en el *macrocosmos* de la Naturaleza, *místico-espontáneo* y *mágico-religioso* en sus relaciones. Sócrates ha reconocido aquella arma, el polo objetivo de la razón. Con la idea, con el concepto, ese hombre emerge de entre las cosas.

Nace el sujeto ante y hasta frente la Naturaleza y los demás y por el brillo y la obra de esa razón que le permite abstraer. Se crea Europa sobre un Oriente milenario que jamás desunió, en su casi vegetativa vida, la espontaneidad que es tradición y misticismo, de la razón que será cultura. Crece Occidente al separar de aquel caudaloso flujo vital, la estática razón hecha cultura objetivable. Con ello y por ello vibrará hasta tensiones peligrosas.

La cesura entre sujeto y objeto discrimina la responsabilidad del primero al despegarle del cosmos, potenciando el castigo del saber, el riesgo de objetivar y la pecaminosidad de la abstracción, que llegará a ser la tragedia de la cultura.

Esta censura define dos polos: subjetividad y objetividad, que podemos unir con una línea. En ella y como precisa Bergson, el yo consciente ocupa un lugar intermedio, fuera de las cosas, pero también lejos de nosotros mismos, quizás más, pues como dicen los orientales, el Creador nos llenó de ventanas afuera y por ellas nos vaciamos de intimidad. Esta es la línea que inicia el esquema armónico.

Desde esa posición intermedia del yo tratamos de vencer resistencias, de levantar velos en una y otra dirección, pero y esto es fundamental, desde ese puesto que es área iluminada por la conciencia, por la luz de realidad que hizo la culpa. Puede ser reflejada hacia uno y otro extremo, pero no desplazada, porque desenfocada la conciencia, esta se oscurece. Si se va al objeto, el sujeto se pierde en la sombra, la razón se aísla, huye del entendimiento y abstrae. Si a la inversa, la razón naufraga en la noche, el hombre sueña y en sus no responsables delirios abstrae también. Abstracción pura en uno y otro caso es falta del yo, es no-yo irresponsable.

Adelantemos, para ampliar más tarde, que la disarmonía objetiva somete vida e intimidad a la abstracción cultural extravital, se desentiende del yo en ansias del no-yo. Al aprendiz de brujo se le vendrá encima su creación. Es el racionalismo utópico.

Mientras, en sus antípodas, el vitalismo subjetivo, desequilibrado, pierde el seso por las quimeras y la sinrazón de la aventura brutal y fantástica. El superhombre, el racismo son su tragedia, la gran catástrofe en cuyo fondo no hay más responsabilidad que la que flota junto al caballero de la triste figura alanceando molinos o carneros. Es el romanticismo racista.

Y es que este sujeto que únicamente es capaz de conocer bajo el foco de su vida, es tal por su espíritu y este como puntualiza Rosenkranz, radica en la unidad del sentimiento con la conciencia del yo. Y es, que esa luz focal no puede iluminar todo el recorrido de la línea y si se lleva a sus límites, el sentimiento del yo se extingue, el espíritu se rompe y la conciencia desligada del sentir del yo se deja deslumbrar por el objeto o el ideal, que ahora son los que brillan por exclusiva iluminación del no-yo.

Así es, que todo cuanto podemos pensar está en el conocer y conocerse del sujeto, está en esa área iluminada, desde la que cada uno con su claro concepto, con su perspectiva, va oteando reflejos en el más allá objetivo y el más aquí del mí mismo.

De esa existencia real, el espíritu, conciencia y sentimiento del yo unidos, repito, constituye lo conocido. En el sentido de Husserl hay una reducción fenomenológica, como hay un punto de vista, una verdad de cada cual (Ortega). Forma y estructura de los fenómenos aprehendidos por el yo, están intencional, significativa y reflexivamente constituidos por el espíritu. El objeto ante el sujeto que lo percibe es tal y como es comprendido por y en el actuar mental propio. Hay actuación sensorial y abstracción mental. El percibir requiere crédito, no podemos con el idealismo cartesiano calumniar a nuestros sentidos. Tampoco y por ello, discrepar de Kant cuando esquematiza la experiencia como la observación sensorial (orden objetivo), tamizada por la cuadrícula de la razón (orden subjetivo).

Esta razón selecciona en ese su tamizar kantiano y eso ya es abstraer. Pero así equilibrada es una función fisiológica del entendimiento que analiza y prefiere como el digestivo desmonta y absorbe, ambas con estilo muy personal. De la misma manera que los aminoácidos sintetizarán mis proteínas según un código mío, las sensaciones seleccionadas construirán mi verdad, la de mi perspectiva, la de mi realidad.

Precisamente la razón pierde su fisiologismo cuando pretende la proteína universal, la verdad absoluta, la de todos los puntos de vista. El espíritu, toque de lo eterno en la temporalidad, permite abstraer la verdad propia y la representación conceptual que hace inteligibles y didácticos nuestros saberes, logra representar el momento, desconocido y ajeno al fluir del tiempo, pero lo que no puede es hacer de ese momento una eternidad y ser entonces Dios. Pues sólo El posee la verdad, ya que El sólo está en todo lugar y sólo El goza de todos los puntos de vista de todos los hombres.

Elevarse de la línea sujeto-objeto mediante la abstracción es bueno, pero llevar esta verticalización hasta despegarse del área iluminada consciente y sentida del yo, en pos de la omniscencia de Dios para regalársela a la Cultura o al Superhombre, es malo. No es abstraer, sino proclamar la Abstracción con mayúscula y escribir con el racionalista: "Dios es una hipótesis innecesaria" o con el románticos: "Dios ha muerto". Es también caer en el no-yo. Romper el espíritu al perder el sentimiento del yo

Ese abstraer, que Goethe temía más que al diablo, precisamente en la medida en que amaba a la vida y porque en ese abstraer puro y extremo va la muerte, es perder el toque de lo eterno. El deseo de poder nos echa al fondo de la temporalidad como castigo al demasiado desear lo eterno sin amarle, sin querer al eterno que es Dios.

El hombre poco o nada pensante de hoy, mente-capto, todo actividad, puro hacer, todo frivolidad, puro pasar, volcado a la comodidad, al placer y a la seguridad, es el fruto de haber sido lanzado al foso de lo transitorio. Teme y huye de la responsabilidad solitaria porque ha minimizado su sentimiento del yo y con ello ha perdido el espíritu, el toque de lo eterno. Pequeños paganos, sólo adoramos al progreso, al ídolo de barro, a la técnica.

Es necesaria la dimensión vertical para la armonía del yo. La abstracción vinculada al sujeto permite la elevación espiritual. Pero ese reflejo de eternidad no es nada sin sentimiento del yo y sin fe en lo infinito de mucho más arriba, como la tenemos horizontalmente en las realidades que todavía no vemos y en la intimidad profunda del otro extremo que apenas adivinamos.

El Cristianismo devolverá una relación vertical con Dios al mismo tiempo que glorifica y diviniza la subjetividad, hombre-Dios y realza la libertad del hombre, que puede ofender y crucificar al Dios hecho hombre. Cristo viene a reparar las consecuencias del primer acto responsable cometido en la más auténtica soledad.

La Providencia, la fe, permiten ya al hombre librarse de la angustia del mal, de la esclavitud del pecado. Abandonada Aquélla, sigue esclavo y acaba en angustia del bien, en relación forzosa del bien que es deseo de apartarse, de reservarse en el vacío, en el odio, ante sólo un Destino que es necesidad y casualidad. Fatalista e irresponsable personal ansía disolverse en la masa, teme mirar al cielo.

Sólidamente asentados en nuestra subjetividad, área iluminada del yo, alcanzamos realidades que están frente a nosotros y penetramos en las profundas incógnitas de nuestros ser, abstraemos en prueba de eternidad por la vertical del espíritu hacia Dios. Pero aún no basta, falta una nueva dimensión para armonizar el yo. Necesitamos la dimensión que lleve nuestros brazos en cruz. Nos falta atmósfera, anchura cálida, que abra cauce a los otros hombres, a la humanidad.

El Cristianismo al poner el espíritu pone el amor. En el paganismo helénico, falto de esta luz, el amor es erótico a la belleza sin alma (la estatua sin mirada). La determinación anímica condicionará el triunfo del amor agapático, sublimando la sensibilidad que deja lo erótico a lo temporal, superado por el impulso de propagación y disipando la angustia de la incompreensión del sexo.

Pierde el hombre la melancólica serenidad erótica del griego, cultivador de la belleza, pero gana el espiritual amor, el del mandamiento divino, el amor al prójimo como el yo, la ancha dimensión de los demás con la medida del nosotros. Es la perfecta responsabilidad solidaria.

Si te amas a ti y para eso has de saber de tu intimidad, sentir tu propia estimación, querer tu libertad y la consiguiente angustia de ser libre, entonces y sólo entonces ama igual a tus hermanos.

Cristo no ha dicho ama a los demás y a ti mismo como a ellos. Tampoco y aparte, ama a los otros. Por eso, quien se desprecia y envilece, quien se desconoce, quien siente angustia del bien por ser siervo del mal, quien se ahoga en el vértigo de la duda y renuncia a la responsabilidad personal, quien, en una palabra, deja su libertad o busca la esclavitud no puede amarse ni amar al prójimo. Es sólo una superficie que refleja vida.

No es posible subir a Dios relegando al prójimo y al mundo, como el ilícito bajar a los hombres a través de las cosas (y cosa-objeto es la abstracción) para hacerles esclavos.

No es el hombre el que ve las cosas de Dios según el punto de vista de Dios (Malebranch), sino Dios el que ve las cosas a través de los hombres que serían los órganos visuales de la Divinidad (Ortega). Si hoy admitimos, además, que la Revelación es doble: la escrita y la obra del mundo, es evidente la misión cocreadora de la humanidad que ve para Dios y obra con El. No cabe aislamiento ni indiferencia con ese otro, al que preceptivamente hay que amar.

Si no es así, la figura ya plana y sin Dios, sin vida, se estrecha a una línea que, con cinismo, coloca el prójimo entre las cosas utilizables y útiles del mundo.

Esta amplia colaboración es la auténtica vida y en ella buscaremos cada uno su punto de vista, su verdad para Dios, su obra cocreadora para con el Creador, bajo un mandato divino que hace sublime la responsabilidad solitaria y solidaria, fundamenta la gravedad de nuestra conducta y consuela la angustia ambigua de la posibilidad de la libertad. Es la orientación buena del saber, opuesta a la inclinación mala del poder.

Con ello concluye el esquema armónico del yo: bajo el foco del espíritu, sentimiento y conciencia del yo unidos, estamos en la línea que hunde sus extremos en la oscuridad de la intimidad subjetiva en los velos de la realidad objetiva; desde ella y con su luz, elevamos los ojos por la vertical de la abstracción hacia el infinito del Eterno y abrimos los brazos hacia los otros, por el ancho cauce del amor.

En el "ama a Dios sobre todas las cosas" hay un supuesto de relación con el mundo, amor a las cosas que es saber de ellas, para con ese amor y saber, amar y saber de Dios. En el "ama al prójimo como a ti mismo" hay también una orden en un orden, amar y conocer de uno mismo para amar y conocer igual a los otros. Son las responsabilidades de mi subjetividad.

Al contrario, si mi vida se aleja del área iluminada por el espíritu, desaparecemos en las sombras del escenario, perdemos el equilibrio, la armonía y el orden y el yo se fragmenta. En uno de los pedazos quedará perdida la sinceridad de la responsabilidad. Caemos en las disarmonías abstractivas puras, con una sola dimensión paranoica que ahoga a las demás.

III. Disarmonías abstractivas:

Sujeto y abstracción nacieron juntos en Grecia y en principio no son antagónicos. Frente a inestabilidad y variabilidad de las cosas y de nosotros mismos, la idea es pura y tiene perfiles distintos, la razón es clara, el concepto es resistente y unos y otros se comportan según leyes exactas. Estos saberes, representados, son acumulativos y trasmisibles, potencian la capacidad de nuestro polo objetivo y la cultura será un patrimonio creciente del hombre. Es cultura viva, mientras conserve el cordón umbilical que la llene de espontaneidad y subjetividad.

Pero la razón socrática, que así y hasta aquí es buena, deja ya de ser lo que es: manera externa de actuar el entendimiento, para convertirse en un todo autosuficiente: la razón pura. Por este camino llegará la abstracción de las cosas a la primera disarmonía:

A. *Abstracción objetiva disarmónica.*

Ligado el cordón umbilical que la alimentaba de vida, la razón autónoma permite la objetivización extravital de la cultura. Esta se hipertrofia y distancia, contraponiéndose al sujeto y acaba doblegando a la misma vida. Se juega el yo por la gloria abstracta del no-yo. Es el racionalismo.

Esta abstracción supone la elevación teratológica por la dimensión vertical, con dos graves consecuencias: a) desenfoca al yo, dejando al mundo sin hombre y b) ordena a las cosas lo que "han de ser", para quedar al fin y además sin mundo natural.

Son dos direcciones: pérdida de la subjetividad y técnica del poder. Veremos que ambas acaban confluyendo y el hombre pide lo mismo que se le va a exigir desde la abstracción hecha poder: una esclavitud segura, un ser hombre masa sin responsabilidad subjetiva.

Nos detendremos en este aparte, puede ser que en exceso, pero es nuestro tiempo. Estamos en el ocaso de la responsabilidad personal, que oscurece la persona y la estima, en el pseudoamanecer de la colectividad matemática.

1. Pérdida de la subjetividad.

La desconexión placentaria de la cultura permite su deriva hacia el racionalismo utópico, hierático y frío. Esa moral rígida, que como la exacta idea geométrica, son inmorales desde la subjetividad fuente vital. Cultura que puede ser impuesta, pero nunca sentida y menos estimada. Será ley, pero con castigo.

Al saber culto, como le llamaba Max Scheller, al saber que nos pertenece porque olvidamos de donde procede y que no hay que recordar, suceden los minisaberes de autoservicio que sustituyen por cantidad su absoluta falta de calidad. Hay más saber culto en el hombre de la tierra, en el artesano, que en el crispado técnico de la civilización del asfalto.

Aún duraba el siglo IX cuando Schweitzer se lamentaba de que el mucho saber obstaculiza la cultura. Es la incultura del saber. Saberes que, cuanto más, son ciencia, inteligenciar entre los límites racionales, metodología baconiana y legalización de la Naturaleza. Ciencia matemática, formal y neutra, bajo unas reglas gramaticales que son la lógica.

Positivista y determinista se rige por el principio de casualidad y así, racionalista puritano, no puede admitir la libertad. Todo el mundo es inocente, incluso el culpable. El hombre ni es libre ni por tanto responsable. Dios es una hipótesis innecesaria.

La soberbia racionalista pone la fe en el progreso e idoliza la ciencia. Si el saber absorbió al ethos, ahora se funde con el poder. Poder que a su vez se hace reflexivo, quedando como objetivo de sí mismo. Que los "incomovibles" principios de la ciencia se tambaleen, que la subjetividad se rebele, etc., nada va a importar ya, porque la verdad no cuenta tampoco. Lo único válido es el poder.

La técnica como medio y fin planifica la sociedad de consumo, que da vueltas sobre sí misma con parecida mentalidad a la del perro que quiere calmar con los dientes su desazón caudal. Crece la necesidad de mano de obra que abandona la mejor escuela del buen sentido para ordenarse y numerarse bajo la tramoya falsa, rota y desintegrada de las ciudades, para sumergirse en su inmenso y anónimo hormiguero. La familia se tambalea, abuelos y nietos ya no conviven y se pierde así el más fino hilo de la tradición. El trabajo manual repetitivo contractura la mente y aliena al hombre, separando la obra de él. Desaparece su alegría de creador, porque no ve germinar su semilla, porque la marca de una fábrica le difumina en el anónimo de obrero-herramienta. El trabajador ha sido degradado a productor.

También la Universidad, invadida por la burguesía postrevolucionaria francesa, dejó la búsqueda de la verdad, para convertirse en escuela de profesionalismos lucrativos. Y escribe el presidente de la Universidad de California, Carl Kerr: "La Universidad es una institución que, en su futuro, será menos distinguible de otras empresas económicas de

nuestra sociedad industrial". "La producción, distribución y consumo de conocimientos, representa el 29% del producto nacional". "Lo que el ferrocarril hizo en el ochocientos y el automóvil en la primera mitad de siglo, lo hará la industria cultural en el segunda".

Verdad, libertad, responsabilidad personal son ya conceptos muy extraños. Con dos pasos más: pragmatismo y sofisticación, dejará de existir la subjetividad. El primero vacía la intimidad, el segundo destruye la verdad moral.

El pragmatismo es una concepción cínica, resulta de la idealización estatal de Hegel, que justifica la doctrina utilitaria de la razón de estado y de ética calvinista con su prueba de Dios (por la cual el elegido de Dios, que no por sus méritos sino por designación divina, encuentra en el éxito en el mundo el testimonio de que la gracia de Dios le ha sido otorgada).

El mismo Webes cita los versos de Milton sobre la expulsión del Paraíso: "...pero las pestañas se secaron pronto, el mundo entero ante ellos se presentaba para hacerles los elegidos de una morada tranquila y les guiaba la Providencia, y ellos inciertos y lentos...".

Es el calvinismo, excepto que no se fueron hacia el "mundo entero" "inciertos y lentos" sino como dos diablos desencadenados, pues en su misma doctrina el tiempo es oro, oro es éxito y éste equivale a prueba de elegido de Dios. Es la historia de EE.UU. en cuanto en este país evoluciona esta prueba desde un testimonio de la inclinación divina, a un fin en sí mismo: El éxito por el éxito y el poderío.

Es la proyección hacia fuera, el vaciamiento de toda intimidad y su consiguiente responsabilidad subjetiva. Compendio de irresponsabilidad, el pragmatismo encierra la técnica menos intelectual, hecha finalidad y elevada a rango filosófico. El hombre idóneo es el que sepa servirse con máxima eficacia de las cosas de este mundo. "Gastará conocer cómo se debe hacer una cosa con utilidad práctica". "Las ideas sólo cuentan si son rentables". "El conocimiento del ser perjudica, va en detrimento de la acción". "La verdad no existe, se hace, es el efecto". (frases de J. Dewey) "Dios existe si es útil para evitar el caso". "Pero, aún el caos es preferible a cualquier orden resultante del cultivo del espíritu" escribe el pontífice pragmático Williams James. Es la paranoia de la abstracción objetiva.

Es la doctrina de la actuación práctica, del hombre vacío, el triunfo externo es la única prueba válida de su capacidad existencial, no importa cómo lo logre. Remendando la frase de Goethe, diremos no que "al principio fue la acción", sino que "la acción es el fin supremo".

La sofisticación, el segundo paso, es inevitable cuando la utilidad se eleva sin tapujos sobre la verdad. La palabra ya no es el fluido que une a los hombres en la verdad, o en el error que la presupone y que es menos malo que la mentira, sino un eficaz instrumento para el provecho particular, empresarial o estatal. Con la palabra se adula, se divierte, se vende y se compra mercancía humana.

Cuando adulamos, como cuando engañamos, no importa a qué nivel, estamos convirtiendo a esa o esas personas, pueden ser millones, en objetos utilizables, con un absoluto desprecio por ese otro sujeto que recibe mi palabra instrumento. Es hacer el camino de Compté, del saber para prever y poder, pero en la forma más degradante, en la del poder del hombre sobre el hombre, despojándole de su dignidad, objetivándole y esclavizando su espíritu, "aniquilándole como cosa trascendente" dirá Sartre. Alienándole.

Esclavitud sin látigo físico, pero con el dominio técnico de la publicidad audiovisual, curare paralizador del pensamiento, que nos inunda con sus consignas, slogans, spots, etc. cuya relación con la verdad es contingente, cuyo único valor es el tiempo, el calvinista: tiempo es oro, con el toque perfecto de la vulgaridad. Nada puede ser, nada es sublime junto al anuncio de un detergente o un insecticida. "Es un grotesco abuso de adjetivos que intentan apuntalar sustantivos que hemos vaciado de sustancia" (Corts Grau). Nada puede haber eterno en el reino de la temporalidad, en un vivir de mentira que es un vivir muriendo.

La vida en común de los hombres necesariamente basada en la palabra corre grave peligro. La única palabra formativa es la palabra con verdad moral. La falsedad, el mentirse uno mismo y a los demás, hace inalcanzable el mundo auténtico.

Esclavo vacío, útil, ajeno a la verdad, a su verdad, frívolo y desconfiado, sin fe subjetiva, busca el cobijo y el calor de la manada, porque no puede sostener la angustia de la posibilidad sin el apoyo de la Providencia. El hombre de hoy es un hombre sin espíritu en busca de las verdades "tecnológicas": comodidad, distracción y seguridad. Es el terreno

óptimo para el hombre dócil, masificado y sin élite que desea el Poder. Vamos a ver que esta última afirmación no es gratuita:

2. Técnica del Poder.

El racionalismo que fracasa en sus extremos, porque ni el infinito, ni el espacio, ni la microfísica son objetivables ni racionales, se venga haciéndose imperativo. “No ha de ajustarse el entendimiento al objeto sino éste a aquél”, decía Kant. “La realidad es como la exacta contrafigura de la idealidad, de lo que debe ser”, escribe el cínico Fichte. Basándose en su pensar, en su sentido común, en la sola razón. Descartes rechazó todo, hasta los sentidos y la imaginación, tratando de construir una matemática universal, haciendo la geometría analítica, porque analítico es un método y con él llega hasta lo evidente, que es la idea clara y distinta, “*naturae simplices*”, porque no se fía de la realidad. Spinoza esquematizará esta filosofía en una serie geométrica de axiomas, definiciones y teoremas. El mundo ha de obedecer a la mente.

La duda cartesiana, método de investigación, busca la evidencia indestructible y únicamente las verdades matemáticas quedan en pie. Idealista, sólo del pensamiento excluye la duda. Para admitir la existencia del objeto necesita la garantía de Dios. El, aún demuestra la existencia Divina, luego ya no será obligada.

Arranca la ciencia, cálculo y acción. “*Philosophia naturalis principia mathematica*”, se titular la obra de Newton. Es abstracción matemática hacia un saber formal, pura acción lógica hacia un poder capaz de crear mundo, pero no de interpretar o llegar a la esencia del mundo. Su soberbia le induce a creer, que no saber es no saber aún, que todo lo que no puede conocerse científicamente no existe, es espúreo. No admite algo tan evidente como que la inadecuación de un método no autoriza a excluir lo que por errar el camino de ida, queda por saber.

Acostumbrado a imponer el sistema será más poder que saber. El positivismo crea una disarmonía patológica que suprime sucesivamente a Dios, al Mundo y a los otros hombres.

La ciencia descendiendo escalones va siendo cada vez más técnica. Y ésta se desprecia, ni siquiera es el “*thechnai*” griego: saber hacer, sabiendo porque se hace lo que se hace. Ya es puro hacer, al que no importa el fin ni el por qué. En nuestra sociedad de consumo, la técnica es un fin en sí misma y es un medio de poder. A partir de este nivel:

a) La verdad y la sinceridad no importan. Ya vimos el esquema kantiano de la experiencia: observación sensorial tamizada por la cuadrícula de la razón. Pero si ahora la geometría y la materia entran en conflicto ¿Cuál deberá ceder? Para Descartes estaría claro: el pensamiento ampara la certeza. Después de Einstein la razón no puede seguir dictando el orden, sino ofreciendo instrumentos y métodos nuevos que la observación elegirá. Pero a la técnica del poder esto ya no le importa.

b) No es el error, es la indiferencia. Es hoy demostrable que la realidad tiene una perspectiva para cada sujeto. En el dualismo ondapartícula, según el tipo de experiencia, decisión subjetiva, se nos ofrece una y otra faceta. Pero esta veracidad científica deja indiferente al técnico del poder.

Incluye la hipocresía social de guardar en secreto que la abstracción matemática tiene cada vez límites más confusos con el no saber, que muchos “progresos” son apenas para mostrar el error de lo que creímos, para confirmar que las “verdades” son contingentes y provisionales, veracidades.

Mentira, indiferencia e hipocresía tienen un fin, entretener en las masas la fe en el Progreso, la idolización científica. Forman parte de la técnica de poder en la sociedad pragmática de consumo. Son las estribaciones del maquiavelismo, “artístico uso del bien y del mal con objetivos políticos calculados y concretos”, amparados por la razón de estado hegeliana, que ya es más bien una razón de engaño:

Como dirá Herman Meyer, el filósofo de Mainz, “el poder es ejercido por personas que no reconocen ninguna doctrina ética por encima de la doctrina social estatal, lo que en última instancia es capaz de justificar todos los excesos y los extremos. Personas con ansia de poder, se afanan por esa misma voluntad en la multiplicación del poderío”.

Usan sin rubor la palabra como instrumento, hecha técnica por expertos y para manejar al hombre-objeto, al hombre-voto. Un fabuloso despliegue de medios le mantiene alejado de la verdad.

El pueblo percibe, un poco instintivamente, ese trasfondo contrario a lo que se le dice y predica, ve caer los pseudo-ídolos fabricados por la publicidad, siente la desilusión una y otra vez y pierde la esperanza, que como dice Maritain nos regala a la vida y es nuestro único acceso a ella.

Se precisan nuevas aportaciones técnicas que prevean la auto-destrucción del maquiavelismo, hay que forjar seres adecuados: el uno indiferenciado que ya no ejerza como hombre. Una pedagogía psicológica planificada que introduzca sin roces al adolescente en el mundo conformista del slogan y la consigna. Que cree sombras humanas que conozcan y produzcan sin comprender, que alberguen minisaberes en cantidad suficiente para impedir la calidad de la cultura. Una permanente exaltación audiovisual del progreso material le mantendrá en el error de que la ciencia y la técnica son seguridad.

Al final, la técnica de poder, en la sociedad de consumo, le dará al hombre sin espíritu lo que él desea: comodidad, frivolidad y seguridad. Las dos direcciones: pérdida de la subjetividad y técnica de poder coinciden, tristemente.

Es la esclavitud, lo demoníaco de Kierkegaard que es ausencia de intimidad, de conciencia y sentimiento del propio yo. Falto de fe, teme y rechaza la angustia de la posibilidad de libertad porque no se atreve a dejarse penetrar por la verdad, su verdad, ni quiere aceptar sus consecuencias, sin reservarse rincones o besos de Judas para ellas.

El hombre, desilusionado y desconfiado, no concibe esa entrega. Si ya la abstracción de la verdad lógica apaga la propia certeza y la intimidad. ¿Cómo puede mitigar esa desmoralización la técnica del engaño y el fraude moral? El escape es abandonar el espíritu, lo eterno, dejarnos de responsabilidades solitarias y solidarias, caer en la tentación y lanzarnos a las aguas tibias y aparentemente tranquilas de la utilidad, que son también las del confort, el placer y la pseudo-seguridad.

Caminamos hacia la conciencia colectiva. El poder facilita el camino. La opinión de la mayoría será la nuestra. Aceptemos automáticamente las órdenes y no caigamos en la angustia de enfrentar esa obediencia con la debida a nuestra verdad. Sintamos el orgullo de ser instrumentos perfectos sin los dientes irregulares de la responsabilidad personal que perturbaría el buen rodamiento de la máquina social.

Máscaras sin luz propia, marionetas melancólicas sin raíces, masa sin élite, aún dirigen su fe a la ciencia, su desesperanza a la nostalgia de seguridad, su seudocaridad a la compasión egoísta, cultivan todo a lo que supla al pensar y se encuentran felices en el anonimato.

La gran disarmonía de la abstracción objetiva, la fría cultura, el inteligenciar sin estima valorativa, ha llegado a su "modelo": el mini-hombre teórico, hormiga de un mundo abstracto que cultiva el poder y la hipocresía y descalifica a Dios, la Naturaleza y a los hombres.

Es la gran ironía socrática: lo que no somos, razón pura, viene a sustituir lo que realmente somos, espontaneidad vital.

Confiamos en que el hombre reaccione. En el fondo del servilismo de la masa que es negación de vida, hay la desilusión anímica del que ha visto fracasar su orgullosa razón. Si el poder dejara de aturdir al hombre, es posible que éste piense en recuperar su intimidad que es vida. El pensamiento fáustico que afirmaba la acción se va hartando de técnica. Siempre amó más la vida que el racionalista, vamos a ver que era vida externa, quizá empecemos a contemplar la vida como subjetividad personal.

El hombre tradicional y la inteligencia ya no hablan el mismo idioma, el progreso derriba los modelos antiguos, las medidas cambian, pero todo ello ni libra ni libraré jamás al hombre de su responsabilidad.

La segunda disarmonía corresponde a la abstracción subjetiva, pero antes será conveniente, aunque no necesario, hacer unas consideraciones sobre la repercusión profesional de esta primera abstracción objetiva racionalista.

Y expuse que la pérdida de los valores y concretamente de la responsabilidad subjetiva, constituía un riesgo mortal para el arte médico.

El médico dispone del instrumento supremo de la terapéutica: la palabra, potenciada por su ciencia y su técnica. Si en él esta palabra no responde a la verdad moral,

si el lenguaje y el juicio interno se desligan bajo la antiética pragmática y el uso provechoso de la sofisticación, abusará de la confianza siempre que ello le suponga éxito aparente y el enfermo será poco más que un objeto utilizable en nuestro servicio. El médico emplea así la técnica del poder, la razón de engaño, la pseudociencia, como armas rentables. Desprecia el arte clínico, que es un penetrar en la subjetividad concreta, más adentro de la realidad velada del enfermo y su enfermedad. Ese arte que hace buenos y malos clínicos, curadores con modesta ciencia y científicos profesionalmente deficientes. Por eso es hoy corriente negar una verdad insoslayable: la de que todos los médicos son diferentes. Y se quiere imponer esa falsedad igualatoria a los pacientes. Aquí, se enmascara con aparatos y edificios, como en la vida de consumo con electrodomésticos y utilitarios.

Además, en esta medicina comercial sin arte clínico, sin verdad moral, en esta medicina "calvinista", porque en ella el éxito es la prueba de elegido, hay una conjunción mixta con el hombre masa, porque el médico que es pragmático en su ejercicio privado, se masifica en su faceta socializada. En ella coincide con el enfermo teórico, numerado, uno indiferenciado de la sociedad pragmática, y con los fines del poder para evitar todo élite.

Ya quedó expuesto que el hombre de nuestros días, solitario en una sociedad apretujado, desconcertado por el engaño publicitario y cotidiano de pseudoideales y pseudoídolos, mantiene que como única postura ante la indescifrable maraña de falso y auténtico, la desconfianza y la duda. Es lógico que no quiera élites que no comprende y tanto menos las tolera cuanto más alejadas estén de él y menos elementos de juicio tenga para decidir. Recela del intelectual, del científico, del cabeza de huevo como le llaman los americanos, cuya medida es distinta, coincidiendo en ello con los técnicos del poder que intentan borrarlos, porque no se venden o se rompen si lo hacen.

El médico auténtico, el que es capaz de arriesgar todo, incluso su reputación, para salvar un paciente, es un poco élite y así, es molesto para el de abajo, porque ni le comprende ni puede discutirle y es incómodo para el de arriba, cuando planifica en socio-colectivo. La responsabilidad solitaria es heterogénea en este ambiente rígido.

Si a ese hombre vertido a la comodidad y al placer se le repite otra idea prefabricada, la del derecho a la salud, a esa salud que el sólo concibe para disfrutarla, sociedad de consumo, se comprende que cuando la pierda piensa, en su inmadurez, que alguien es responsable, puesto que él abdicó de su responsabilidad personal. Y el más inmediato para acusarle de haberla perdido, o de no recuperarla con prontitud, es el médico que le han asignado, obligatoriedad que aumenta su ya respetable desconfianza. Es curiosa esta perversión que lleva a culpar a quien difícilmente puede ser autor de su desgracia. Quizá sea este el castigo por haber abandonado su auténtica responsabilidad subjetiva.

B. Abstracción subjetiva disarmónica.

Acabamos de ver cómo la transitividad vital, armada de la razón, nos lanza fuera de la auténtica vida, de la luz del yo. Como con ello se pierde la estimación valorativa y el camino de la verdad que está en nosotros mismos. Es el no-yo de la abstracción objetiva que acaba esclavizando al hombre y rindiendo culto al poder.

Hay que regresar a la subjetividad, pero esta vuelta no debe detenerse en la superficie, que sólo es el movimiento lógico y la abstracción primera, que es el lenguaje.

Es forzoso ahondar en esa subjetividad que es un ir a la intimidad. Ya no se trat de entender lo que uno mismo dice, sino de entenderse a sí mismo en lo dicho.

También en esto hay un riesgo de abstracción delirante. La razón, breve isla en el mar de la vitalidad, como escribió Ortega, que debería limitarse a ese informar de nosotros a nosotros mismos, uniendo el pensar con el sentir del yo, empieza nuevamente a desbocarse, impresionada ahora por ese mar de vitalidad y en olor de romanticismo.

Se convierte en fuerza vital desatada en el sentido casi zoológico de Spengler y de Nietzsche, cuando elogian la gracia animal del hombre, la destreza para defender la voluntad de poderío por encima de postulados y doctrinas. Cuando admiran a los feudales germanos "cuyos instintos hozaban en su organismo como fieras en sus jaulas", que comían oso y jabalí y se sangraban para no estallar.

Es pasión por mi vida que se hace canto a la vida. Si Goethe, clásico, dice "cuando más pienso, más evidente me parece que la vida existe para ser vivida", Nietzsche, el último romántico, que cazaba ideas en el aire transparente de los altos montes, soñará al superhombre con enfermizo temor de vulgaridad, aristócrata en la soledad de las cumbres frías. Dará vida a la historia, pero se excederá proclamando que la única moral históricamente válida es la de los fuertes con sus instintos primarios.

Si la cuadrícula de la razón establece un orden racionalista en el que no cabe la estima, en este nuevo desvarío vitalista, será la voluntad la que imponiendo la fuerza desvalorice todos esos valores. "La voluntad fuerte o débil hace la vida valiosa o inútil, el bien y los hechos vitales casi se excluyen" dice Spengler. "La voluntad es todo, no enseña, determina. Así fue y así será", piensa Nietzsche. "La moral señorial, práctica instintiva de la vida en la convivencia de hombres decididos... siempre se opone, siempre lucha, mientras que los otros (moral cristiana, valoración teórica de la Naturaleza), siempre sufren" "En la realidad histórica no rigen nunca el ideal, el bien o la moral".

Para un pueblo alemán hambriento de historia, esta interpretación romántica y abstractiva, norma de vida para Spengler, es una palanca idónea para saltar a la raza superior, al racismo.

El mismo autor da ejemplos. Cuando se escribe que "por el 1500 los Vasco de Gama, los Colón, comienzan otra serie de expediciones vikingas... y un torrente de hombres con sangre nórdica se vierte hacia América", es fácil predicar la locura racial y el dominio del mundo. Y no es un error, pues es una aclaración suya, ratifica que los que se aventuraron hacia las Indias eran descendientes de los invasores bárbaros, mientras el resto, los que se quedaron, pertenecían a las razas de color.

Su épica sigue mitificando la raza: "echo de menos, dice, lo que ya Nietzsche echar a en falta, una música de canto alemana, llena de raza y espíritu..". "Estos ideales (contemplación amor, etc.), se deben destruir en fragmentos, que suene, cuanto más alto mejor. Dureza, dureza romana es lo que en el mundo se inicia, no queda espacio libre para cualquier otra cosa..." Y se equivocó, porque sí queda espacio libre, ciudades enteras arrasadas dejan ese hueco para el amor y permiten contemplar la gloria profética y nefasta de la dureza.

La espontaneidad vital llevada a la paranoia y abstraída en raza o pueblo, es el amino hacia la irresponsabilidad por el extremo subjetivo. De nuevo es aceptar el no-yo. Es destruir el yo en la explosión fantástico-mitológica de un mesianismo suicida.

Mucho antes, en tierras más planas y nórdicas, Kierkegaard definía claramente "La subjetividad abstracta es tan incierta y carente de intimidad como la objetividad abstracta".

IV. Intimidad y vida. Responsabilidad personal.

La razón, que tantas cosas a consagrado como principios, apenas ha ensayado elevar a esta categoría la misma vida en que se baña. Debería completar el supremo pensamiento cartesiano. Porque la conciencia del pensar no sólo prueba el conocer del yo, sino el sentimiento del yo inseparable de esa conciencia.

A la superioridad del vivir sobre el no vivir, sigue la de la vida consciente sobre la no consciente, pero la idea no es completa sino sobrepone la del yo a la del no-yo.

El valor de la vida no puede ir a buscarse una y otra vez fuera de ella misma. Al contrario, está en la armonía del yo iluminado por el espíritu y desplegado en las tres dimensiones de la intimidad de dentro con las cosas de fuera, de la vertical de Dios con la anchura del amor.

El valor de la vida consciente está en la conjunción de lo temporal con lo eterno. Vivir es un movimiento primario, es temporalidad, pertenece sólo al tiempo y no tiene presente.

Lo eterno tocará ese tiempo y le da la luz y el momento.

Esa luz ilumina la vida y hace su espontaneidad consciente. La vida sigue fluyendo, pero hay un saber y un sentir de ese fluir permanente, en el que están la transitividad y la generosidad de la vida.

El momento, átomo de la eternidad, reflejo de ésta en el tiempo, es la representatividad de lo que no podemos pensar, del presente. Con ello, además, aparece el futuro, la meta. Cuando no lo hay, sólo cuenta el pasar, el camino recorrido, único válido para el griego. Si

está ya el momento, lo eterno es el futuro y el camino no es el que pasó, sino el que todavía hemos de transitar.

Están puestos: la vida que es fluir, la luz y el momento, y lo están conjuntamente o volveremos a caer en el no-yo. Ese fluir, con el momento y la luz es la intimidad del yo. Ese fluir sin el momento es la exaltación vital que hace de la espontaneidad, voluntad y abstracción racional. A la inversa, el momento sin el fluir de la vida, es racionalismo objetivo.

Así también la interpretación budista de la vida es puro fluir, sed insaciable que solo en la reencarnación halla consuelo cuyo ideal es angustia. "Tenemos negada la eternidad, escribe Fuentes, y cada acto pide esa eternidad". Es el horror de sentir y representar lo eterno sin poderlo pensar, ya que el pensamiento es finito y fluye sin alto y, además, no querer regresar a nuestra propia intimidad, sentimiento finito del yo para hallar por él, consuelo en la fe. Es la angustia de sentir la posibilidad eterna, de la Gran Libertad y ver, sólo ver, como pasa inexorable ese tiempo que es la vida finita.

Angustia destructora si no volvemos la mirada hacia dentro para hallar a Dios. Si no aceptamos la armonía del yo, en la que están las cosas que vemos pasar, los otros hombres que pasan con nosotros, las representaciones abstractas que pasamos a nuestros hijos y, en particular, mi subjetividad, el amor y la Providencia. Con otras palabras, si eludimos la responsabilidad de persona.

Ese yo es el que ha de dar sentido a la vida, es el vivir mismo y recordemos que nada hay más dentro de ese vivir que el riesgo de no vivir, razón de ser del acto médico.

Sobre el pensar y su abstracción racionalista, sobre el querer y su abstracción romántico-vitalista, está el sentir que es subjetividad rotunda y presencia real del yo.

Un yo con tres cualidades existenciales: sincero, espontáneo y con capacidad estimativa. Creo un deber glosarlas.

La sinceridad está al nivel de la vía. Aunque fuéramos animales de presa a lo Spengler, el ataque a la víctima no quiere error.

No es la verdad, sino la certeza en la intimidad. Es la que produce uno mismo actuando libremente y dejándose penetrar sin rubor, sin reserva, por las consecuencias.

Es cualidad que se alcanza de una maduración valorativa en comunicación con los otros. Si la existencia es antes que la esencia, sólo esa comunicación hecha en verdad permite el acceso, sólo así me haré comprensible a mí mismo, veré el cristal de la transitividad y sobre bases afectivas crearé mis propios valores, mi norma de vida, mi responsabilidad.

Sinceridad y verdad moral, cualidad del yo y comunicación de un yo a otro yo, son antes que la verdad lógica o la metafísica. Si fallan, no hay acto médico perfecto.

La segunda cualidad, *la espontaneidad*, es lo más vivo de mi yo. Es el supuesto de la libertad y condición previa a mi verdad y responsabilidad. Es la transitividad, la generosidad que comprende el "mitdasein", versión del hombre hacia los demás que encierra el cuidado, procura o "fürsorge" (Heidegger) imprescindible para su maduración.

Demanda, asimismo, comunicación. Como la existencia, coexistencia. Tiene significado axiológico puesto que esa abertura, ese abrirse, es muestra de bondad, deseo de bien, responsabilidad. Lo demoníaco de Kierkegaard es precisamente lo contrario: reserva, vacío, angustia del bien. Y aún profundidad religiosa, ese toque de lo eterno, que para Jaspers es capaz de coronar en silenciosa la comunicación Dios, racionalmente imposible por ser muda la Trascendencia (en "Wahrheit").

Es el ir a las cosas ya los otros hombres ya Dios. Es lo formativo para los otros y es lo que se forja con los demás bajo transacciones activas y sinceras.

Naturalmente, el determinismo causalista lo negaba. En su libro "El Discípulo", Paul Bourget corrompe la inocencia del alumno enseñándole, en nombre de la ciencia omnipotente, que es irresponsable. Los sabios atómicos aún profesaban esta inhibición de la responsabilidad (hasta Hiroshima), pese a que la misma parcela de la ciencia que en esos momentos manejaban, la microfísica, la física de los cuanta, constituye el descubrimiento científico-natural de la acausalidad, de la indeterminación o de la espontaneidad (Jordán).

La enfermedad supone una regresión desde la madurez. El enfermo pide al médico ciencia y técnica, pero, sobre ellas, comprensión y afecto, sinceridad y espontaneidad que le ayuden a rehacer ese algo perdido en su proceso de hominización, recuperando la realidad y su responsabilidad.

Cuando el hombre teórico del mundo social pierde la salud "a la que tiene derecho", busca un culpable, porque obedeciendo sólo a la responsabilidad colectiva, ésta acordó, por mayoría, suprimir las incomodidades y asegurar la curación.

El médico que desde su "normalidad" mira al enfermo como objeto inferior "no normal", provoca en él reacciones antagónicas (Rof.) Cuando el médico promedio mira así al enfermo-número, que es el hombre teórico arriba citado, la hostilidad puede llegar hasta la demostración física.

La tercera cualidad, la *estimatividad*, es la más receptiva y subjetiva. Es el sentimiento del yo y del reflejo del mundo en esa intimidad. Las cosas de ese mundo no son valores, pero si tienen elementos irreales que despiertan valor y las hacen valiosos (Ortega). En realidad las hago valiosas según mi propia escala, según mi propia maduración personal, si la he alcanzado.

Este sentir, este estimar, más íntimo que el comprender y más penetrante de la realidad que la razón, es nuestra justicia viva. Mi conducta es un valorar y un decidir según este estimar. También sentenciará nuestros actos.

Su penetración privilegiada es arte con poder de convicción y hasta de conversión, que llega a la universalidad. Es el arte clínico descubriendo la realidad del enfermo y su enfermedad. Su privilegio natural produce buenos y malos médicos.

Todo esto hace y es la intimidad, el vivir consciente la vida de mi yo. Vivir esta intimidad con certeza es lo que Kierkegaard llama gravedad. Perder esta gravedad es decir con Macbeth, reciente asesino del Rey.

¡Desde ahora ya no hay gravedad en la vida, todo es frivolidad, ha muerto la gloria y la gracia!

¡El vino de la vida está agurado!

Tener la gravedad es tener "la fuente de agua que mana con vida eterna"

Con esta gravedad, certeza e intimidad, se incluye la originalidad en las repeticiones que evita el hábito. El hombre grave lo es, precisamente, por la originalidad con que repite en esa repetición. Se conserva esta innovación permanente por la responsabilidad libre y se afirma en el goce de la felicidad. Sin ella aparecerá la rutina, el puro hacer, la despersonalización, la irresponsabilidad.

Me atrevo a decir que es la cualidad esencial del médico, incluso más que para los otros hombres. Así dice Levasseur (Prof. En derecho en la Facultad de París): "En tanto la vida sea para el hombre el bien supremo, en tanto lo que toque su cuerpo se base en sagrado... el médico no puede ser un ciudadano como los otros, puesto que la responsabilidad del médico no será como las demás".

Es curioso que el Progreso racionalista que tanto aventura la dignidad del hombre, mantuvo el mayor respeto por la vida vacilante del enfermo y en su afán legalista y legista, no incluye el hacer del médico. En ningún código penal se exceptúa al médico de la reclusión criminal por causar mutilaciones (y el consentimiento no justifica estas lesiones).

Así es de íntimo y digno el noble acto matriz del ejercicio médico. Así es la gravedad que exige originalidad en la repetición. Así es la responsabilidad personal de quien directamente interfiere los principios transhistóricos de la salud y la vida.

Por ello el racionalista no se atrevió a concebir la idea del enfermo teórico frente al médico abstracto.

No quiso destruir esa intimidad distinta, subjetiva, real, entre la confianza del enfermo y la conciencia del médico, ese cambio de dos libertades habitadas e iluminadas por el fluido comunicable, entrañable, del dolor y el secreto.

El racionalista respetó ese diálogo en cruz, como escribe Gitton, de un hombre en pie, responsable por lo que sabe y por lo que siente y un hombre tendido que pide comprensión y es a su vez responsable de sinceridad y espontaneidad.

Pensemos, abandonando el sentimiento, que todo esto es literatura, trasnochada ideología liberal, retórica, despreciemos la verdad moral, acabemos con la dignidad y surgirán las ordenanzas y reglamentos, el cómodo funcionarismo con su cascada de responsabilidades, la rutina, la picaresca, la desconfianza y hasta al odio.

Deshonremos el acto médico con la técnica del engaño y el poder, de la utilidad y el provecho personal y aparecerá la responsabilidad social llena de imperfecciones legales, heterogénea a la intimidad de un coloquio entre dos hombres.

Dimitamos de nuestro ejercer de hombres, máximos cocreadores de la obra divina, dejémosnos llevar por la frivolidad, apartemos la libertad que angustia, la intimidad que nos trasparenta, la responsabilidad que nos atormenta, envilezcámonos, olvidemos el propio yo al que ya no podemos amar y, ¿cómo podrá estimar quién se desprecia? ¿Cómo comprender quién se ignora? ¿Cómo intimar quién se miente? ¿Cómo amar a quien no se ama?

¿Vamos a consumir la ironía de la espontaneidad, la sinceridad y la estima, que son la vida misma, para preservar y recobrar la salud?

Si los hombres de la sociedad conceden al médico un monopolio sobre la salud y la vida, si le exigen tan alta responsabilidad personal, es nuestra obligación sagrada honrar esa profesión en su ejercicio, como lo es de la sociedad comprender y respetar la grandeza y dignidad de este quehacer, en verdad respuesta a la propia grandeza y dignidad de la vida humana, en la que aquél entiende y, cada vez más, dispone.

Seamos protagonistas sin reservas de nuestros actos. La conciencia colectiva de moda no es un avance. Es una regresión inmadura al espíritu medieval de bloques comunitarios viviendo de una tradición sin personalidad. La conciencia singular ha sido una trabajosa conquista de siglos. “El progreso, que puede derribar todos los modelos antiguos, será incapaz de librar al hombre de su responsabilidad” (Bonnot). No abduquemos pues de aquella espontaneidad que es mi vida de esa sinceridad que es mi verdad moral, de la estimación que crea el propio juicio intransferible y, menos, de esta responsabilidad íntima, subjetiva, norma mía y alma de la Medicina, cuando ésta es obra por la gracia y para la gloria de hombres con alma.

He dicho.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

Excmo. Sr D. Francisco Javier García-Conde Gómez

Excelentísimo señor,
Excelentísimos e ilustrísimos señores,
Señoras y señores:

Una vez más nuestra ilustre corporación hace de mí su portavoz en un ingreso académico, y su decisión es hoy, para mí, motivo de gratitud y alegría ya que nuestro nuevo compañero, el Dr. Benjamín Narbona Arnau es un antiguo y admirado amigo. Evoco esta noche nuestro conocimiento cuando él culminaba sus estudios académicos aspirando a la suficiencia en el grado de Licenciado, y una situación de emergencia me hacía figurar improvisadamente entre sus jueces. Ya desde aquellos días, tan propensos entre los licenciados destacados a la brillantez expresiva ya la vaciedad conceptual, me impresionaron en Narbona la sobriedad y la precisión, frutos de una auténtica formación intelectual, tan distantes de artificiosas actitudes. Caminos distintos nos separaron hasta que las circunstancias nos hicieron convivir estrechamente, tras el ingreso de ambos, en esa casa por tantos conceptos admirable y querida que es el Hospital Provincial de nuestra ciudad. A lo largo de estos años he visto en Benjamín Narbona todas las cualidades del maestro. Un quehacer en depuración y perfeccionamiento constante, una inquietud por ensanchar el conocimiento, y una auténtica decidida vocación para transferir los saberes adquiridos. Si el título de profesor constituye una distinción el de maestro es algo que nace desbordante de nuestra propia intimidad. El primero nos lo confiere la administración el segundo se recibe, sin palabras ni documentos, de la asiduidad de aquellos que buscan, en quien puede darlo, la continuidad del saber y de la técnica.

Fruto natural de todo ello lo constituyen la labor de nuestro nuevo compañero, primero como profesor adjunto, en nuestra entrañable Facultad de Medicina, y más tarde como Jefe del Servicio de Cirugía General en el primer establecimiento sanitario de la Beneficencia Provincial, y sus tareas como docente y como clínico:

A partir de un periodo de Licenciatura y doctorado en el que suma treinta y una matrículas de honor, premio extraordinario en aquélla y premio nacional (F. San Nicolás) a su tesis doctoral, añadidos a los Peregrín Casanova y Víctor de Bronce; asciende los peldaños Universitarios a favor de sucesivas oposiciones (alumno y médico interno, ayudante de clases prácticas, profesor adjunto) y por dos años es encargado de la Cátedra de Patología Quirúrgica (por enfermedad y fallecimiento de su maestro el Profesor Gascó). Tres veces intentó obtener la Cátedra, recogiendo seis votos. Obtuvo en 1962 la plaza de Profesor Jefe de Sala del Hospital Provincial y desde entonces dirige el Servicio de cirugía General B de este Centro.

Organizador anual de cursos en el Hospital Provincial, ponente en diversos congresos nacionales e internacionales, sus publicaciones comprenden cinco monografías y ciento dos trabajos aparecidos en diversas revistas nacionales y extranjeras.

Como clínico, se inicia en los Servicios de los Profesores Martín Lagos, Lafuente, López-Trigo y se completa bajo la dirección del Profesor Gascó. Su especialización torácica, facilitada al ganar la Beca de la Excm. Diputación, se forma en Alemania, en los Krankenanstalten de Düsseldorf, en el Profesor Derra, en el Kantonspital de Zurich, donde aún trabajó con Brunner, en Nüremberg con Franke, en Inglaterra con Drew en el Wenmister Hosp. de Londres y con Abrams en el Queen Elizabeth de Birmingham, etc.

Pionero en esta cirugía, hizo en nuestra región las primeras resecciones pulmonares en 1952, la primera comisurotomía mitral en 1954 y la primera cirugía cardíaca a “cielo abierto” en España en 1958. Hace unos días, la primera implantación mamaria para el tratamiento de la insuficiencia coronaria.

Aparte, es Socio Honorario del Instituto Médico Valenciano, Académico corresponsal de la Real Academia de Murcia, Socio de Mérito de la Sociedad Médico-Quirúrgica de Alicante, Socio de Mérito de la Academia de Ciencias Médicas de Barcelona, Delegado por Valencia y Castellón de la Sociedad Española de Cirujanos, Miembro de la Sociedad Internacional de Cirugía, de la Española de Cardiología, de la sociedad de Medicina y Cirugía del Mediterráneo Latino, de la Española de Patología respiratoria, Miembro Fundador y Vocal

de la Junta Directiva de la Sociedad Española de Cirugía Cardiovascular, Vocal de la Asociación de Médicos de Hospitales, etc., etc.

Sorprenderá a algunos de vosotros que sea un médico el que se encargue hoy de dar la bienvenida a un cirujano. La primacía de una y otra aptitud terapéutica ha determinado que los que nos rodean establezca entre nosotros una tajante y radical separación, y nada más alejado de la realidad. La finalidad de la medicina es evitar la enfermedad, y cuando ello no es posible restaurar la salud. Por estas razones no podemos divorciar un ejercicio profesional por las diferencias de aptitud para conseguir aquella finalidad. Con nuestras habilidades peculiares todos los médicos ejercitamos una acción terapéutica y procuramos hacerlo, como ha dicho LAIN, “con arte y caridad”.

Las aptitudes extremistas, como ocurre casi siempre, no resuelven los problemas que subyacen, proliferan y agravan, y por ello la petulante postura de TERTULIANO, que consideraba ilícito el uso de los medicamentos esperándolo todo de la oración y el exorcismo nos proporciona hoy una impresión pintoresca, sólo comparable a la tragedia que debió constituir su práctica para sus contemporáneos. Nació así una acción tiránica de la medicina sobre la cirugía que sólo comenzaría a cambiar bien avanzado el siglo XIX y que ha dado en el nuestro un giro total.

Es verdad que hasta ese momento la tiranía dogmática de los médicos ha sido un factor de la sumisión quirúrgica pero otro ha sido la propia cirugía desarrollada como un acto traumático incapaz de evitar el eco que en el hombre proporciona el dolor, limitándose por otra parte a una simple acción local sin tener en cuenta la unidad del hombre sobre el cual se ejercitaba esta acción terapéutica. Se comprende así por MARESCHAL permaneciera indeciso y falto de recursos dialécticos frente a FAGON quien a la cabecera del rey Luis XIV se hallaba encantado con la prescripción de leche de burra para combatir la necrosis que el monarca sufría en sus dos extremidades inferiores. Aquella tarde de septiembre de 1715 en la cual el cirujano duda al enfrentarse con la aptitud del médico que discute y razona la no amputación de los miembros gangrenados del rey es, en una época culminante de la historia de la humanidad, uno de los instantes más expresivos de la primacía de los médicos sobre los cirujanos. A lo largo de todos estos años sólo una decisión y una habilidad sorprendente en el tiempo y en el espacio, proporcionan a los cirujanos un respeto y una admiración creciente y son objeto principal de ellos los cirujanos militares entre los cuales la figura de LARREY constituye unos de los ejemplos más brillantes.

Muchos años antes SOFOCLES, con una mezcla de timidez e ironía, había denunciado el, “salmodiar en-salmos ante dolencias que piden cuchillo”, postulando así el emparejamiento de las aptitudes terapéuticas médico-quirúrgicas. Al vencer el dolor y al evitar la infección conseguían los cirujanos dos conquistas transcendentales que iban a permitir transformar la agresividad traumática en una acción reglada y a conquistar con eficacia, al menos inmediata, una consideración de primer rango ante la sociedad. Pero es entonces cuando empieza a dibujarse la supremacía del operado sobre el acto operatorio, y la transcendencia en la evolución de nuestros pacientes de una ajustada responsabilidad de aquéllos. Creemos que los brillantes trasplantados de órganos realizados en los últimos años ponen de manifiesto, mejor que cualquier otro ejemplo, la necesidad de una colaboración entre médicos y cirujanos, es decir de una unitaria comprensión del quehacer médico, en una dimensión singular ya que ahora no se trata de lograr una ajustada respuesta orgánica ante la acción quirúrgica sino de conseguir una sumisión de la totalidad orgánica frente al injerto, atemperando su capacidad reactiva que tiende teleológicamente a la eliminación de lo extraño. Médicos y cirujanos volvemos hoy, unidos, a “salmodiar ensalmos”, acompañando con ellos nuestra creciente capacidad tecnológica, humanizando la medicina, teniendo presente, como decía LEYDEN, que la actitud terapéutica se inicia al estrechar la mano de nuestros pacientes, y al infundir con nuestras palabras sinceras y ajustadas, confianza y esperanza frutos, como ha dicho MICHAEL BALINT, de este eficaz remedio que es el verbo del médico.

Confianza y esperanza, nacidas protopáticamente de una ansia natural de vivir o dimanantes de una fe transcendente, son elementos necesarios para la acción terapéutica y por ello genéricos de cirujanos y médicos. Cuando contemplamos lo que es o ha sido la vida de muchos trasplantados tenemos la impresión que, junto a la habilidad quirúrgica ya la terapéutica inmunodepresora, su confianza, más en la técnica de hombres concretos que en la tecnología, y su deseo de vivir han ayudado a mantenerlos con firmeza en esta tierra.

Fiel a su postura, como hombre y como médico, Narbona acaba de hablarnos con viriles cualidades, sinceridad y valor, de la responsabilidad personal en la medicina. El hombre que es médico no está exento de responsabilidad ante las leyes humanas siendo la negligencia y la temeridad sus delitos más graves alimentados ambos por dos fuentes principales, la ignorancia y la prisa. Pero creo que esa ley a la que debemos respeto y acatamiento no es la más importante para un médico sino aquella cuyo código es la conciencia que modela nuestra intimidad ante la cual cada día somos responsables.

ORTEGA ha gustado decir, “dormir es desentenderse” y ello es verdad pero para desentenderse hay que poder, y el hombre y el médico que poseen “una conciencia” no podrán hacerlo si sus actos de cada día no se han ajustado a una moral, pues no es posible concebir el ejercicio de una concreta moral profesional si no es alimentado por un estilo dentro de la ortodoxia más estricta.

Por todo ello cada noche, antes que nuestros ojos se cierren, contemplamos nuevamente nuestros actos y junto a la oscuridad que nos alberga adquiere nuestra conciencia singular claridad. Si somos hombres alimentados por una fe trascendente, llena de autenticidad, y no costumbre y compromiso social, nuestro desajuste al código divino engendra en nosotros una disarmonía somática que nos impide “desentendernos”, y por el contrario si hemos procurado ajustar nuestra conducta a la ley de Dios nuestros ojos se cierran al compás de una particular sensación de felicidad tan difícil de describir como fácil de comprender para quien vive así. En esta dimensión nos hallamos unidos a los hombres que no teniendo fe tienen conciencia y todos hemos conocido a aquéllos que, no tocados de la gracia de Dios, han realizado cada día este examen de conciencia y han sido ejemplo de dignidad y honestidad profesionales, y también lo contrario, olvidando que es posible engañar a una sociedad pero no a Dios ni a nuestra propia intimidad.

Nacen a la luz de nuestra conciencia, en todo acto médico, una actitud y una responsabilidad personales que no pueden endosarse al “todo”, tal como pretende una medicina social colectiva. Nosotros no queremos retrotraer nuestro ejercicio a una situación decimonónica, pero si deseamos estimar y dar estado natural a los valores eternos de nuestra profesión, la relación directa, inmediata, médico-enfermo. Por muchas que sean las posibilidades que nos sirven para ayudar a nuestros semejantes el hombre-médico ocupa y ocupará siempre el primer plano, y por ello sus cualidades singulares serán decisivas en cuanto a aquella finalidad. Vivimos hoy en una situación de sumisión a las ideas endosadas que recibimos y almacenamos sin valorarlas. Como dice ALAIN, sólo los locos creen todo lo que alcanza su espíritu, y sólo los hombres de calidad ponderan cuanto les llega, con dudas y afirmaciones, en un trabajo intelectual tan duro como el físico que impone la forja. La lección de Narbona es encomiable por habernos obligado a lanzar ante nuestra conciencia hechos que, como en todas las épocas críticas, se aceptan mansamente. El acto médico, exquisitamente personal, exige libertad, palabra tan tremenda como eterna. Una libertad auténtica, no como pretexto, mistificada, deformada. GOETHE, que tanto la amaba y gozaba con ella, solo la subordinaba al orden y hoy queremos destacar la sintonía de ambos al recordar la agustiniana definición del último, “el orden es la disposición de varias cosas cada una en su lugar, de modo que correspondan a su destino en su ser y en su naturaleza”. Eso es libertad, armonía en la convivencia, respeto mutuo en las ideas, medida y pulcritud en la dialéctica, comprensión del prójimo, “en la desgracia y en la enfermedad”.

Que duro es el “Eclesiastés”, cuando afirma, “los perversos difícilmente se enmiendan”, “El número de necios es infinito”, palabras que parecen abonar una protopática elementalidad de nuestro quehacer y de nuestro convivir. Sin embargo cuando el devenir de los acontecimientos nos impone a los hombres estas circunstancias es necesario declarar, en horas de intimidad, que ellas no transcurren sin esfuerzo y sin dolor. Felizmente hay en ese desierto oasis gratisimos, como este de hoy, en el cual hay cumplido pretexto para celebrar y proclamar la amistad hacia el Profesor Narbona que, uno de aquellos hombre que al igual que BERTRAND RUSSELL han aspirado siempre a llenarse de tres pasiones, que yo llamaría virtudes, “el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad”.

He dicho.